

esas personas que sólo ven las cosas claras en el acto de la muerte. Apruebo esa idea y me prometo sacar de ella un buen provecho. ¿La duquesa Isabel está en el castillo de la Marche?

—Está aquí, en el figón del tío Amapola.

Los ojos de Vincencio brillaron.

—¡Bien, muy bien, retebién! —exclamó el capitán.

—Por dónde tendré que agradecer algo al señor de Gravelle una vez en toda la vida. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Nada —respondió Aníbal, mientras registraba su memoria.—Nada, sino que Olivier me ha pedido un frasco lleno de bálsamo napolitano, por si llega á caer prisionero con vida.

—Eso es cosa que sólo á él interesa—dijo Vincencio con desdén.—Si se envenena, ahí está el río donde se arrojan los perros muertos.

Luego añadió fijando en Aníbal sus calenturientos ojos:

—Primo, si tú quieres ó puedes salvarme la vida, tendremos aún ocasión de pasar en este mundo horas felices. Que Gravelle caiga, nada tiene de particular: es una fruta madura; deja á Gravelle y ven á servirme con lealtad; yo poseo y conservo en cierto lugar, que me guardaré bien de decirte cuál es, un pergamino que nos ha de abrir las puertas de París cuando la ocasión sea llegada. Este pergamino es nuestra vida, y Juan de Armagnac es nuestra fortuna. Y yo me prometo que en este lago revuelto en que navega el reino de Francia, hallaremos el modo de poder pescar bastantes escudos de oro para vivir cómodamente hasta el día memorable en que decís he de morir ahorcado.

En tanto que hablaba así, los pómulos de Tarchino se colorearon más y más, y su mano, seca y ardiente, se crispó sobre la sábana.

—Mi buen primo —dijo maese Aníbal, intentando fingir un tono penetrante,—te agradezco sincera-

mente el que hayas pensado en mí. En punto á fidelidad, bien sabes tú que este es mi fuerte... Mirame, primo, cara á cara, y convéncete de que soy el más adicto de todos los servidores.

Tomó la mano izquierda de Tarchino como para estrecharla afectuosamente entre las suyas; pero lo que buscaba, en verdad, era volver á tomar el pulso.

—Vamos —dijo alegremente,—no hubiera creído jamás que un hombre pudiera soportar tan bien un accidente tan grave. Procura dormir algunas horas más, primo, y luego podrás abandonar el lecho.

Volvió á colocar el brazo de Tarchino bajo su envoltorio, é hizo el ademán imperioso del médico que ordena el silencio y el reposo. Al llegar á la puerta con paso majestuoso y acompasado, maese Aníbal Cola decía para su capote:

—¡Antes de concluir el día, nada tendría de particular que mi querido primo muriera de una explosión de rabia!

V

¡EN SALVO!

A cada instante aumentaba el número de soldados en las cercanías del castillo. Amapola y muchos otros creían que esto era de buen agüero; pero los soldados viejos sabían que esas compañías habían abandonado sus cantones dentro de París, y que lo que se veía no era más que un ejército de fugitivos.

Amapola, engañado por las apariencias, entregábase á quimeras llenas de esperanza y de ambición; tanto más, cuanto que no ignoraba que su casa era el refugio de importantes rehenes. Sentíase engorzar y crecer.

—Más vale tarde que nunca.—pensaba,—y á lo menos, no seré de aquellos que han empezado por comer el pan blanco antes que el negro. Años atrás yo era sólo un pobre y pequeño tabernero; ahora poseo ya una magnífica venta, y mañana seré, tal vez, el intendente de un duque y par.

Detrás del aposento donde descansaba Juan de Armagnac había una especie de alacena oscura y mal cerrada: en este sitio había pasado la noche el tío Amapola. Cuando su mujer iba á penetrar allí para reponerse de las fatigas y emociones que acababa de experimentar, la joven Mireta se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Madre, no me riñáis! Vos misma me dijisteis que si llegaba á volver procurara introducirle en casa...

La tía Amapola no comprendía palabra; lo que deseaba era instalarse en casa de su marido. Grande fué su inquietud al ver á Juan de Armagnac herido en la posada. ¿De dónde procedía esa herida? Lo ignoraba aún, pues nada había oído decir acerca del sangriento drama de la noche; pero su instinto le decía que, tan cerca del castillo de la Marche, se hallaba en inminente peligro el heredero de Armagnac. Abandonado Juan y desprovisto de todo recurso, la Amapola creyó de su deber instituirse en guardiana y defensora del hijo de sus dueños.

—Sí, ha vuelto—repuso Mireta,—y he aguardado para abrirle la puerta á que mi padre se levantara.

La tía Amapola frunció el ceño al oír estas últimas palabras.

—¡Oh, no os incomodéis, madre!—exclamó Mireta.—Le he acomodado en la alacena y allí está oculto desde la madrugada.

Lanzóse la tía Amapola á la alacena como una leona; pero en el momento en que iba á abrir la puerta, otra mano se encontró con la suya.

Fué esto un golpe teatral: la tía Amapola encontróse cara á cara con el hermano Pacífico, en traje de soldado, lleno de sangre y de lodo y más pálido y demacrado aún que de costumbre.

—¡Dios me asista!—murmuró la buena mujer.—¿Es al primo Andeol á quien has ocultado, hija mía?

—No, madre...—tartamudeó la niña.

—¿Pues de quién me hablabas?...—volvió á preguntar la madre.

—De mí, si no os parece mal, buena mujer,—respondió Juan Moreno, separando á Pacífico á fin de poder entrar en el aposento.

—¡Qué significa eso!—exclamó la mesonera, examinando con toda curiosidad al paje.—He aquí un caballerito á quien no conozco, y, sin embargo, creo haberle visto antes de ahora.

Dióse una palmada, y de repente puso una mano en un hombro de Juan Moreno para observarle mejor.

—¡A fe mía—pensó en voz alta,—si Blanca de Armagnac se disfrazara de caballerito!...

—Vamos, madre—interrumpió Juan Moreno encajándole un gran beso en la mejilla, sin ceremonia alguna,—veo que no estáis muy encolerizada. Cuando la ocasión se ofrezca, veréis cómo hacemos buenas migas los dos; pero hoy, ¿qué hacer? El tiempo apremia.

Mireta se había acercado á su madre.

—¿No os habéis incomodado conmigo?—preguntó tímidamente la niña.

—Ya averiguaremos eso,—respondió la Amapola, quien añadió dirigiéndose al paje:

—¿Por qué apremia el tiempo, caballerito?

Pacífico tendió un brazo hacia la cama y exhaló un profundo suspiro.

—Teresa—dijo con voz muy alterada,—Juan de Armagnac está en peligro de muerte.

La Amapola siguió con los ojos el gesto del pedagogo, y su mirada se fijó en el hermoso semblante de Juan Rubio, quien parecía sonreír en sueños.

—Basta que os vea en compañía de Andeol—dijo la Amapola á Juan Moreno,—para convencerme de que sois de los nuestros. Por otra parte, mi hijita me ha dicho ya sobre esto algunas palabras. ¡Bueno, bueno! tenéis el aspecto de un joven honrado y valiente; aquí está también mi primo Andeol, disfrazado de hombre de armas y con una espada que no sé cómo ni por qué razón ha ido á parar á sus manos. Conmigo somos, por lo tanto, tres que estamos dispuestos á morir defendiendo al señor.

Pacífico meneó la cabeza con un ademán de consternación.

—No perdamos el tiempo en palabras vanas—dijo Juan Moreno,—porque cada cuarto de hora esa puerta vidriera se abre para dar entrada á cuatro ó cinco tipos de truhán que vienen á espiar lo que pasa aquí dentro. Si por desgracia nos vieran, todo se habría perdido.

—¡Todo!—repitió Pacífico.

—Pero ¿qué quieren hacerle al pobre niño?—exclamó asustada la tía Amapola.

—Vincencio Tarchino no pudo asesinarle anoche—respondió el paje.—Vincencio duerme ahora... ¡ay cuando despierte!

—¡Es, pues, un tigre ese hombre!—murmuró la Amapola.

—¡Un tigre que ha querido beber su sangre!—añadió Juan Moreno.—Por lo demás, buena señora, yo soy también, como vos: estoy presto á morir por mi hermano Juan Rubio; pero si yo muero, ha de ser para que él viva, pues sería un juego de bobos entregar sin compensación nuestros cuellos al hacha de esos verdugos.

—Así es como lo entiendo yo—repuso resuelta-

mente la Amapola.—Es necesario que Armagnac se salve, y sucédanos á nosotros lo que Dios quiera.

Oíanse pasos en el cuarto vecino. Juan Moreno asió el brazo de Pacífico y arrojóse con él dentro de la alacena; al propio tiempo la cara de Raúl, el soldado, se presentó en el dintel de la puerta.

—Nada nuevo aquí—dijo á Pedro, que le seguía.

—No es como en la otra parte—dijo Pedro,—que el diablo se halla en el cuerpo del capitán... ¡Escucha!

Durante el silencio que siguió, Mireta y su madre pudieron oír los gritos desahorados que partían del otro extremo de la casa. Alejáronse los dos soldados, y Juan Moreno salió en el acto de su escondite.

—¡El tigre está ya despierto! Démonos prisa si le hemos de arrebatarse la presa.

Pacífico apareció después de Juan Moreno, presa de la desesperada agitación del hombre que se ahoga: notó que el paje hablaba aparte con la mesonera, y dirigióse á ellos á grandes pasos.

—¡Escuchad!—dijo,—no me ocultéis nada.

—A mí, sólo á mí es á quien dirá su madre: «¿Dónde está? ¿Qué has hecho de él?»

El joven soldado púsole la mano en la boca.

—¡Haya paz, buen hombre!—dijole:—pronto se os señalará vuestra misión; pero hasta entonces no opongáis obstáculos á nuestra marcha.

Pacífico inclinó la cabeza.

—Es verdad—pensó, suspirando profundamente

—No hago nada é impido hacer á los otros... Sin embargo, yo tengo buena voluntad, ¡bien lo sabéis Dios mío!

—No sé cuánto tiempo necesitaremos—decía Juan Moreno á la tía Amapola;—pero si esos demonios de soldados vuelven á meter las narices aquí dentro, no vamos á acabar nunca. Y me guardaba muy bien de asegurar que si dentro de un cuarto de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

hora Vincencio Tarchino puede tenerse en pie, no venga á hacer aquí una de las tuyas...

—Si queréis—respondió la hostelera,—iré á apostarme en la pieza contigua para vigilar...

—Pero los soldados os cogerán por los hombros y os echarán á un lado.

Pacífico había considerado que era excelente el medio propuesto por la Amapola; pero cuando Juan Rubio hubo respondido, Pacífico meneó la cabeza murmurando tristemente:

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

—¿Sabéis dónde han encerrado á Blanca de Armagnac?—preguntó Juan Moreno.

—¿Blanca está aquí también?—exclamó la Amapola sorprendida.

—Yo lo sé—respondió Mireta:—han dado á la señora el primer cuarto del corredor, y el segundo está ocupado por esa noble dama que ha llegado en vuestra compañía, madre.

Pacífico juntó las manos y lanzó con disimulo una mirada hacia el lecho en que dormía Juan de Armagnac. El hijo y la madre estaban allí tan cerca uno de otro, y el corazón del pobre hombre se desgarraba al considerar que en un momento podía encontrarse la madre ante el cadáver de su hijo.

—No hay un soldado de Graville que se atreva á poner la mano sobre madama Blanca—repuó Juan Moreno;—he aquí una cosa segura. Id á buscarla, Mireta. Traed aquí también á la duquesa Isabel (ya sé su nombre), porque aquí está su sitio.

—Sois un loco rematado—interrumpió la Amapola:—¿cómo pretendéis poner juntas á la noble viuda de Armagnac y á la que ha usurpado el nombre de su marido?

—Haced lo que os digo, tía Amapola—replicó el paje con cierto aire de autoridad.

Mireta salió del aposento.

—Ante todo, ¿no sería conveniente decir á la duquesa Isabel: «ésta es Blanca de Armagnac»; y á Blanca de Armagnac: «ésta es la duquesa de Nemours»?

Esta fué la que primero llegó al pie de la escalera. A la vista de Pacífico, que permanecía de pie en medio del aposento, quedóse petrificada y le faltó aliento para hablar. Blanca, que la seguía de cerca, guiada por la niña Mireta, pasó entre ésta y Juan Moreno para abalanzarse sobre el lecho del herido.

—¡Señora, señora!—exclamaba.—Venid á ver á vuestro hijo; yo llegué demasiado tarde á la orilla del Sena, y ellos son los que le han salvado.

Estas últimas palabras las pronunció señalando con el dedo á Pacífico y á Juan Moreno.

La duquesa Isabel hallábase ya inclinada sobre el lecho de su hijo, sonriendo y llorando á la vez junto al semblante del pobre herido.

—Yo debí prever esto—murmuró Juan Moreno, mordiéndose los labios y procurando sofocar su propia emoción.—¡Es muy conmovedor! pero no es ésta la hora de llorar.

—Vamos, buen hombre—dijo á Pacífico;—tomad la mano de vuestra señora, y con el mayor respeto imitad lo que yo haga.

Esto diciendo, condujo á Blanca de Armagnac, sorprendida, al aposento inmediato. Pacífico, tartamudeando frases muy incoherentes, hizo otro tanto con la duquesa Isabel.

—Si alguien os preguntase quién os ha instalado en este aposento—dijo el joven soldado antes de cerrar la puerta,—respondedle con audacia que es Vincencio Tarchino, el capitán. Necesitamos diez minutos para salvar al que las dos amáis. No consentáis en manera alguna que nadie se acerque á esta puerta.

Cuando iba á entrar de nuevo en el cuarto de Juan de Armagnac, detúvose de pronto.

—¡Procurad que mi hermano Juan no vea á una ni á otra!—añadió corriendo el visillo que cubría la puerta vidriera.—Si llegara á ver á una de las dos, no respondería yo de nada.

—Haced cuanto ese joven os diga, mi noble señora—murmuró Pacífico al oído de la duquesa Isabel.—Dios, que protege á la sangre de Armagnac, ha dotado á ese niño de la prudencia y previsión de un hombre.

Cerróse la puerta. Las dos mujeres, llenas de emoción y de curiosidad hasta sufrir una verdadera agonía, absteniáanse de respirar para oír mejor lo que ocurría en el otro aposento.

—Vamos, buena mamá—exclamó Juan Moreno, entrando en el cuarto en que dormía Juan de Armagnac;—ha llegado ya el momento. Desprendeos de vuestro jubón, de vuestras sayas, porque las ropas de la graciosa Mireta serían poco holgadas para mi hermano Juan.

Pacífico, según su costumbre en tales casos, abrió los ojos desafortadamente; Mireta observaba á su madre con una expresión que parecía decir: «Aunque recorriérais toda la ciudad de París, todo el reino de Francia y aun todo el Universo mundo, no encontraríais otro parecido á Juan Roldán.»

Y la Amapola abundaba bastante en esta opinión, pues se dió una palmada, diciendo llena de admiración:

—¡Vive Dios, arrogante mozo! ¡Esto sí que está bien pensado!

Pacífico era tanto más desgraciado, cuanto que no se atrevía á pedir explicaciones. Desnudóse la Amapola con gran presteza, y mientras tanto el paje exclamaba alegremente:

—¡Vamos, Juan Rubio, hermano mío!

La herida de Juan de Armagnac era ligera, y no tenía muy mal semblante á pesar de haber sido transportado bruscamente; lo único que hizo en el primer momento, fué mirar en torno de sí con aire de sorpresa.

—¡Juan Moreno!—murmuró al fin,—¡la tía Amapola y el bueno de Pacífico que lleva el traje que compraron para mí!

—Aquí tenéis otro, caballero, mío,—exclamó la Amapola, ostentando triunfalmente su jubón y sus sayas.

La buena mujer quedóse en camisa y corsé, y, sin embargo, no parecía menos gruesa.

Juan de Armagnac intentó sentarse en la cama; pero el dolor que le ocasionó su reciente herida, hizo le exhalar un débil quejido.

—¡Bueno!—dijo,—me había olvidado de la estocada de maese Tarchino. ¿Pero qué locura es esa, tía Amapola, de querer disfrazarme de mesonera?

Juan Moreno fuése á la alacena y dióse prisa á desnudarse de pies á cabeza, ni más ni menos que acababa de hacer la tía Amapola.

—Ya se te explicará todo, mi buen hermano—respondió desde su escondite á Juan de Armagnac.—He leído muchas aventuras semejantes en los libros de caballería que te prestaré, cuando hayamos salido de apuros. Vamos, buen hombre, quitadle esos calzones y esa túnica de seda, que luego voy á necesitarlos.

La hermosa Mireta se había eclipsado. Pacífico se encaminó al lecho del enfermo. A la otra parte de la puerta, la duquesa Isabel pensaba en alta voz:

—¿Qué quieren hacer?

—No temáis nada, señora—respondió Blanca de Armagnac, clavando sobre su compañero una mirada llena de respetuosa ternura;—está rodeado

de personas que le quieren bien. ¿Y no es un milagro del cielo ese amor que inspira á todos los que le conocen?

—¡Al avío, Andeol!—decía la tía Amapola, que se había vuelto de cara á la pared.

Pacífico hizo con seguridad cuanto supo por llenar su nuevo papel de ayuda de cámara; pero era difícil hallar en todo el reino de Francia manos más torpes que las suyas. Eso no obstante, pudo quitar á su señor los calzones partidos, rosa y azul, que fueron con más ó menos maña separados del jubón.

—Dadme eso—dijo Juan Moreno desde el escondrijo,—y todo lo demás, á prisa, pronto.

Pero Juan Rubio, que en el primer momento nada dijo, repuesto al fin de su sorpresa, trató de resistir súbitamente.

—¿A qué viene esta mascarada?—preguntó.

Y rechazó á Pacífico, que repitió en el acto:

—Eso es: ¿á qué viene esta mascarada?

Felizmente Juan Moreno tuvo la buena ocurrencia de decir:

—Si mi hermano no se da mucha prisa, nadie dará un escudo por mi pellejo.

Juan de Armagnac oyó esto; quitóse él mismo las vestiduras que aún tenía puestas, las cuales pasaron á manos de Juan Moreno. Presentóse éste en seguida, disfrazado de paje de la reina de Sabá.

El mismo fué quien ultimó el negocio de las ropas que debía ponerse su amigo, diciéndole:

—¡Me sacas de un gran compromiso! ¡Te juro que sabrás todo el secreto que esto envuelve!

La Amapola pudo al fin volverse y Mireta entrar; pero esta última por poco lo echó á perder todo, por no poder reprimir la franca risotada que la arrancó la vista de Juan de Armagnac con sus nuevos vestidos.

—¿Se me dirá al cabo lo que es esto?—empezó á decir Juan Rubio, algo picado.

—¡Escuchad!—dijo Pacífico, que tenía una oreja pegada á la cerradura.

La tía Amapola y Juan Moreno escucharon con inquietud; oíanse voces en la pieza vecina.

—¡Los hombres de armas!—murmuró la Amapola.

Y como Juan de Armagnac abriera la boca para hablar otra vez, púsole su amigo la mano en ella. Transecurrió un minuto que pareció más largo que una hora de agonía.

Era evidente que los soldados se sorprendían de haber encontrado á las dos mujeres en el cuarto que les servía para espiar; Raúl hablaba ya muy alto; pero sabemos que Blanca tomaba, en ciertos casos, la entonación de una princesa: su voz imperiosa se elevaba, mientras que la de los soldados bajaba de tono.

—¡Déjame escuchar!—dijo Juan de Armagnac, tratando de deshacerse de su compañero de armas para lanzarse á la puerta.

—¡Déjame, déjame!—añadía Juan Rubio;—me ha parecido reconocer...

—¡Cáspita! te diré que no eres un soldado, si un simple rasguño basta para hacerte perder la cabeza. Adivino qué es lo que te figuras reconocer, y dígame que estás loco.

—Aquí tenéis un hombre—prosiguió, fijando la vista en Mireta y su madre—que sueña despierto y que toma por princesas á las maritornes de una posada.

Juan Rubio bajó los ojos, no sin tratar de escuchar todavía las voces de fuera; pero ningún nuevo rumor vino á interrumpir el silencio que reinaba otra vez en el aposento vecino.

Durante esta corta escena, Pacífico no abrió los

labios; sus miradas fijábanse con admiración en aquel joven, que conocía á Juan de Armagnac desde sólo hacia unas cuarenta y ocho horas, y que, sin embargo, consagraba á su salvación tanto afecto, tanta prudencia y tantos desvelos. Pacifico comparaba su impotencia con la actividad y energía de aquel joven, y este parangón le aplastaba bajo la conciencia de su inutilidad. Cuando hubo pasado la alarma, dirigióse á Juan Moreno, alargándole las dos manos. Sorprendido aquel joven, correspondióle dándole también las suyas; pero Pacifico atrájole á sí con rudeza, y le estrechó contra su pecho.

Después, con mayor rudeza todavía, desprendióse de él para recobrar su posición inerte.

—Ahora, graciosísima Mireta—dijo Juan Roldán,—es necesario que ofrezcáis á mi hermano Juan Rubio ésta vuestra manecita, y le conduzcáis luego á la choza de Jaime Chaumerel, el pastor, enfrente de la cerca de San Sulpicio.

Mireta observó á su madre, quien la besó en la frente diciendo:

—¡Si ejecutas bien esta comisión, hijita mía, te daré lo que quieras, incluso un marido que sea de tu agrado!

—Y tú, mi buen hermano—repuso Juan Moreno, que era realmente el jefe de las operaciones,—ten presente que te entrego á mi prometida para que la custodies, con lo que no hay que insistir más en aquella muletilla de: «¿por qué me habéis vestido así?» ni otra cosa alguna; trátase de prestar un señalado servicio á tu hermano, y confío en que no irás á retroceder en el camino de la amistad.

Juan de Armagnac examinó, una por una, todas las caras que estaban á su alrededor. Sonreíanle todas, menos la de Pacifico, que no había presentado jamás un aspecto tan lúgubre.

Juan Moreno habría dado de buena gana una docena de escudos de oro, á pagar cuando pudiera, porque el pedagogo se encontrara á cien leguas de allí.

—Respóndeme, Pacifico, amigo mio—dijo Juan de Armagnac á media voz.—Se me está engañando, lo sé, me consta. Todos me toman por una criatura, y quieren salvarme á pesar mio.

El joven soldado, Marieta y su madre se miraron con inquietud; la aventura presentaba mal cariz, y, sin embargo, era evidente que, según todas las apariencias, quedaba muy poco tiempo para terminarla, puesto que las descargas de arcabuces y el estampido de la artillería tronaban sin cesar y en todas direcciones, siendo seguro que el castillo de la Marche era objeto de un terrible ataque.

Al apóstrofe de su discípulo, contestó el pedagogo con un temblor convulsivo que agitó todos sus miembros.

—¡Respóndeme, te lo intimo, amigo!—prosiguió Juan de Armagnac.—Esto es una fuga disimulada, bien lo veo, y tú no te prestarías por segunda vez en un día á contribuir á la deshonra del hijo de mi padre. ¿No es verdad?

En tanto que Pacifico practicaba un visible esfuerzo para encontrar palabras, Juan Moreno y la Amapola quisieron responder al mismo tiempo; pero el pedagogo les hizo señal de que se callaran.

—No, no—dijo en un tono que hizo poner carne de gallina á todos los que se hallaban presentes, interesados por la suerte de Armagnac.—¡No! no hay que engañar más á este niño.

—¿Y quién ha pensado en engañarle?—exclamó Juan Moreno.

—¡Silencio, joven!—dijo Pacifico con autoridad;—vale más decirle la verdad en todo y por todo.

Juan Rubio escuchaba con avidez, y la Amapola

y el joven soldado podían á duras penas ocultar su desaliento.

—He aquí la verdad, Juan de Armagnac—continuó el pedagogo, cuyos ojos no osaron afrontar la mirada penetrante de su señor.—La duquesa Isabel, vuestra madre, y una joven que lleva el nombre de Blanca, se encuentran en este momento solas y sin amparo en la choza del pastor Jaime Chaumerel, junto al cercado de San Sulpicio.

—¡Ah!—exclamó Juan de Armagnac, cuyo corazón dió un vuelco dentro de su pecho.

La Amapola y Juan Moreno, estupefactos, levantaron la cabeza llenos de esperanza.

—¿Y por qué me ocultaban esto?—preguntó Juan Rubio, quien conservaba aún un resto de desconfianza.

—Armagnac—respondió Pacífico,—os he dicho cuanto sé.

—Te han ocultado eso, hermano—repuso Juan Moreno, penetrando de lleno por la senda abierta por el hermano Pacífico,—porque si te lo hubiéramos dicho antes, habrías querido partir con tu traje de mascarada, y entonces, á los primeros pasos, una bala de arcabuz te hubiera dejado tendido sobre la hierba. Ahora que te hemos proporcionado los medios de reunirte con tu madre y con la que amas, incomódate con nosotros si quieres, Juan de Armagnac, hermano mío; vete, quédate y haz, en una palabra, tu santa voluntad: nosotros hemos cumplido ya con nuestro deber.

—¡Así es!—concluyó secamente la Amapola, poniéndose en jarras.

Pacífico estaba en un extremo del aposento pidiendo perdón á Dios de la mentira que acababa de proferir. De qué manera se le había ocurrido esta estratagema; de qué manera el pobre ser, sencillo como un niño, había llegado á demostrar más habi-

lidad que un paje y una mesonera, no puede saberse. Habría que preguntárselo al buen Angel de la Guarda de Armagnac, y no al pobre hermano Pacífico.

Juan Rubio vaciló un instante, y luego, pálido y conmovido, tomó las manos de Mireta y murmuró:

—¡Gracias!

Dió un abrazo á Juan Moreno, á Pacífico y hasta á la tía Amapola; después cruzó resueltamente la puerta de la espalda, dejó caer sobre su rostro la capucha de la ventera, y avanzó, sin dejar la mano de Mireta, por el patio y el corral, donde los soldados de la Marche estaban de centinela.

—¿Dónde vais?—preguntaron los soldados poniéndose delante de la puerta.

—A buscar provisiones para haceros la comida, caballeros míos,—respondió la niña Mireta.

Los dos soldados trataron de ver qué rostro se ocultaba bajo el velo; pero no se les ocurrió levantar la capucha de la pretendida tía Amapola.

—¡Salvo!—exclamó Juan Moreno, que les vió por las ventanas cruzar el dintel del patio y salir al aire libre.

—¡Salvo!—repitieron Blanca de Armagnac y la duquesa Isabel, que al mismo tiempo se precipitaron dentro del cuarto del herido.

Juan Moreno habíase instalado en la cama.

—Ahora—dijo sonriendo,—los soldados de Gravi-
lle pueden ya, si gustan, descorrer los visillos de la vidriera y espiarnos á su sabor. Voy á atar un pañuelo en mi cabeza, y los tunantes, viendo salir de las sábanas mi túnica azul y rosa, se figurarán tener aún el pájaro en su jaula. En cuanto á vosotras, mis nobles señoras, es del caso que procuréis hallar un medio de salir del mesón para ir á reuniros con mi hermano Juan Rubio en la choza del pastor

Chaumerel, porque, de lo contrario, sería capaz de presentarse aquí de nuevo.

—Yo traigo oro,—dijo Blanca de Armagnac haciendo sonar su rica bolsa.

—Con eso—exclamó Juan Moreno,—compraría doce docenas de soldados de la Marche.

—Yo había desconfiado de vos, Juan Roldán—replicó Blanca tendiéndole la mano, que el paje besó respetuosamente.—Habéis procedido como un hombre noble y generoso; así es que os pido perdón por haber dudado de vos.

En seguida adelantóse la duquesa Isabel para felicitar también al afortunado Juan Roldán. Nadie se acordaba del pobre Pacífico: parecía que la adhesión de este hombre fuera una cosa natural, inevitable y demasiado sencilla para que hubiera que fijarse en ella.

La alegría concentrada que latía en todos los corazones, necesitaba un momento de expansión; así es que antes de combinar la fuga de Blanca y de la duquesa Isabel, todos los que se encontraban en aquel aposento, poco ha tan triste, con el alma henchida de alborozo, el semblante lleno de júbilo y las manos enlazadas, como los que celebran un gran acontecimiento venturoso, repitieron juntos y á una voz:

—¡Bendito sea Dios que le ha salvado!

Oyóse un ligero rumor en la puerta del cuarto vecino; el pedagogo fué el primero en observarlo, y un grito de terror se ahogó dentro de su pecho. A su vez, dirigieron la vista hacia aquella parte la duquesa y Blanca de Armagnac.

Una y otra cambiaron de color.

—¡Pobres de nosotros!—murmuró Juan Moreno, que fué el último en mirar;—¡si queda uno vivo, mejor para él! ¡En cambio, hay aquí otros que pudieran muy bien ser que no lo contarán!

Su semblante no se alteró, limitándose á hundir su cabeza en la almohada para representar bien, por algún tiempo, su papel de herido.

Veamos qué era lo que causaba este pánico. En el dintel de la puerta vidriera por donde vigilaban los espías, levantábase la figura de un hombre lívido como un espectro, que vacilaba sobre sus piernas y que se apoyaba con un brazo tembloroso y convulso en el marco de la puerta.

La Amapola que temblaba como la hoja en el árbol, la duquesa Isabel, Blanca de Armagnac, Juan Moreno y Pacífico, habían reconocido en ese hombre al capitán Vincencio Tarchino, de cuyo hombro derecho pendía un muñón informe, envuelto en vendas ensangrentadas.

VI

EL HERMANO PACÍFICO

Vincencio Tarchino había llegado allí sin levantar el más leve rumor: es probable que no hubiera salido de su lecho á no haberle estimulado el ardor y los caprichos de la fiebre; tal vez los soldados Raúl y Pedro, que poco antes, y sin esperarlo, habían visto ocupado el cuarto vecino por Blanca é Isabel, habían ido á darle parte de ello.

En vez de analizar minuciosamente las pasiones que se reflejaban en el semblante horrible y alterado del italiano, nos limitaremos á recordar las últimas palabras de maese Anibal Cola, quien había dicho al abandonar la cabecera de Tarchino: «He aquí un hombre que morirá rabioso antes de mañana.»

Todo el que hubiera oído tan lúgubre pronóstico, lo habría juzgado razonable con sólo examinar la mirada de Tarchino, que brillaba con siniestro res-